

El señor de las tortitas

Mi barrio es un barrio tranquilo, demasiado tranquilo. Calle de dos cuadras, cortada, poco importante, por eso el tránsito es escaso. Hace años se veían grupos de niños varones haciendo un «picadito» en la calle. Ya casi no hay niños jugando en la calle.

Más o menos a la mitad de mi cuadra vive un señor con antigua y probada habilidad en el arte de amasar. Los domingos a la mañana se levanta muy temprano a fabricar tortitas, famosas entre los vecinos y alguien más. Son la clase de tortitas que no se compran en la panadería, son las tortitas de don «Ce», y al mencionarlas todos saben de qué hablamos. Vive en una casa que se distingue por su lustrada puerta, a la cual se adosan dos ventanas chicas, no menos elegantes que la puerta.

Entre las nueve y las diez de la mañana, según sea invierno o verano, se gesta un movimiento de gente, algo especial para los extraños. Como en una escena de película del lejano oeste americano, en la calle, desierta hasta minutos antes, comienzan a salir los viejos del vecindario. Don Pepe, de enfrente; don Rómulo, de más allá; don Mauricio, doblando la esquina norte; don Felipe, desde la otra esquina. Alguno, con paso apurado, otro con pisada más tranquila, y la mayoría de andar bastante pausado, todos se dirigen a la casa del señor de las tortitas.

La posición de las ventanas ha sido siempre la contraseña: si permanecen cerradas, significa que las tortitas aún están en el horno. Si están abiertas, es signo de que las «esperadas» están listas y frecuentemente envasadas en la cantidad que cada uno habitualmente compra.

Algunos domingos no aparecía don Felipe o don Pepe, pero si esta ausencia se repetía el domingo siguiente, empezaban a preguntarse «¿estará enfermo o será la esposa y no quiere dejarla sola?». En pocas horas esa pregunta tenía respuesta, y no se necesitaba celular. Los viejos iban muriendo y aparecían entonces otros viejos.

Esta puesta en escena, dominguera por excelencia, se repite desde hace 20 o 30 años casi sin interrupción. Fueron remplazando al elenco original los que al inicio eran cuarentones o cincuentones y nunca estuvieron interesados en participar.

Muchas veces me pregunté el porqué de esa afición de los viejos a levantarse temprano a esperar las tortitas para el mate dominical. Racionalmente, me respondía que los domingos los mayores madrugan y los jóvenes duermen, pero quiero creer que existe algo más: a partir de los 70 comienza a existir una inexplicable relación entre los viejos y las tortitas, las tortitas de don Ce, por supuesto, en mi barrio.

María Magdalena Bonetto, octubre de 2020.

Maria Magdalena Bonetto. Nació en Rodeo de la Cruz en 1940. Hizo el secundario en el Colegio del Sagrado corazón. Estudió matemáticas y Física en la Universidad Nacional de Cuyo, en San Luis. Desde los años 60 trabajó como docente en el nivel medio en Mendoza, concentrando sus horas desde los años 70 en el colegio Manuel Belgrano. Tiene 4 hijos, 11 nietos y un bisnieto. Es una lectora incansable. Por culpa o gracias al confinamiento, producto de la pandemia, empezó a escribir.